

MI PRIMERA MARATON, LA ROCK'N'ROLL DE MADRID

Al fin llegaba el día. Sabía que me iba a costar dormirme, y así fue, y a la una y media de la mañana ya estaba con el ojo abierto, las 2, las 3,... deseando que sonara el despertador y venga a dar vueltas. A las 6 y cuarto, al fin, arriba. Ya tenía todo preparado, pero quería desayunar pronto y tranquila. A las 7 y diez en el portal, en tres minutos aparece mi amigo Jesús a recogerme con el coche. Qué nervios!

Llegada a Madrid. Varias vueltas para aparcar por la zona de Goya. Lo primero, buscar una cafetería donde poder entrar al servicio, los nervios es lo que tienen, y de ahí a la zona de salida para dejar las bolsas en el guardarropa.

En Cibeles eso era un caos, 11 camiones guardarropa para casi 27000 personas entre el maratón, la media y los 10km, unas colas infinitas que no avanzan nada. A las 8 y media casi, decidimos pasar del guardarropa y volver al coche a dejar las cosas, andando imposible, así que en taxi, vaya atletas!, pero tampoco es cuestión de llegar a la salida ya cansados. De vuelta a las 9 menos diez, y aún tengo que entrar en otro bar a hacer pis. Con las prisas nos colamos en el segundo cajón.

Un minuto de silencio por los atentados de Boston, y a las 9 en punto el pistoletazo.

Comenzamos Castellana arriba. Los pies van solos. Nuestra intención era mantenernos a 5:30, pero vamos rozando los 5 m/km, muy cómodos. Antes de llegar a la plaza de Castilla se desvían los de los 10km. El circuito tiene muchas curvas, subidas y bajadas. Vamos continuamente arropados por un montón de público que nos anima y no puedo dejar de sonreír. Me siento genial, como si no me costara ningún esfuerzo. Llevo bebida y varios geles en el cinturón para no tener que estar pendiente de los avituallamientos, así que en ningún momento paso sed ni hambre. El tiempo es frío pero entro rápidamente en calor sin llegar a sofocarme, lo justo, no así Jesús que pasó algo más de frío.

Nos dirigimos al centro, aunque yo no me oriento muy bien, Alberto Aguilera, Gran Vía, Preciados, la Puerta del Sol, llegamos al Palacio Real. También pasamos San Bernardo, Plaza de España, yo qué sé...

En el km 16 nos abandonan los de la media maratón entre los aplausos y gritos de todos nosotros y el público.

Bajamos por el Parque del Oeste, todo bien, aunque me hacía pis y tuve que aguantarme, porque los servicios públicos que pusieron estaban precintados.

Enfilamos el Paseo de la Florida hacia la Casa de Campo, aún no hemos llegado al km 25, y entonces es cuando empieza a molestarme la zona del glúteo derecho hacia la cadera y el muslo. Pienso que se me pasará, pero tengo que bajar el ritmo un poco, sobre todo en las bajadas. Las chicas de Madrid-patina llevan réflex y espero a ver a alguna para poder echarme. Por la Casa de Campo voy a peor, y tengo que volver a pedir réflex. Me fastidia un montón porque por lo demás me siento fresca y muy animada, sin visos de cansancio.

En el km 31, salimos de la casa de campo hacia la Avd. de Portugal, y sigo a peor, cuando se acerca una bajada Jesús ya me avisa para que me prepare porque el dolor es bastante insoportable y casi tengo que ir a la pata coja o haciendo cosas raras que me dan tantas ganas de reír como de llorar. Qué pena, veo peligrar nuestro objetivo de no llegar a las 4h, y me da rabia también por Jesús, que va muy bien, y siempre pendiente de mí. Más réflex.

Pasado el Vicente Calderón ya casi tengo ganas de llorar, pero intento aprovechar que empiezan las subidas para mantener el ritmo, porque subiendo me duele menos. Paseo de las Acacias, Glorieta de Embajadores,... me muerdo los labios y me concentro. No estoy cansada, me siento con fuerzas a pesar del dolor, y sigo aprovechando las subidas. Llegamos a Atocha, un poco más! Alfonso XII hacia arriba y empezamos a rodear el Retiro. Pasos cortos y rápidos, e increíblemente, nos vemos adelantando a uno detrás de otro, parece que el dolor se va esfumando. Miro a los lados, a la gente, a ver si veo a mis hijas y a mis padres, nada. Giramos a la derecha y entramos al retiro, tomo el último sorbo dispuesta a apretar y a echar el resto.

Ahí está la familia de Jesús, y al poco la mía. Saludo y se hace enorme la sonrisa, y entonces sí, ¡Vamos! a todo lo que a esas alturas nos dan las piernas atravesamos la meta con las manos en alto cuando el marcador muestra 4 horas casi justas. Menuda sensación!

Al momento de pararme empieza a dolerme todo y parezco octogenaria, el frío empieza a calarnos los huesos, nuestra ropa está en el coche y bastante lejos. Dolorida y tiritando camino medio coja, pero no puedo dejar de sonreír.

Después de todo siempre vale la pena ese momento, el sufrimiento quedó atrás, pero yo ya soy maratoniana. Y pienso repetir!

Marta Vázquez.

